



OVACIONES POR TARIFA

CRÉANLO ustedes ó no lo crean—que en esto de creer cada cual es muy dueño de hacer con su capa un sayo—lo cierto es que ha caído en mis manos un prospecto que me apresuro á reproducir por lo que tiene de curioso para el público en general, y por lo

que pueda tener de interesante para algunos individuos en particular.

El documento es de los que no necesitan comentarios.

Si no lo he publicado antes, ha sido porque no se me atribuyeran intenciones aviesas y maliciosas.

Ahora que han pasado ya ciertas circunstancias, allá va, reproducido textualmente:

AGENCIA GENERAL

DE
OVACIONES SEÑOR DON...
Y
RECIBIMIENTOS Madrid... de... de... 1888.
ENTUSIASTAS
— MUY SEÑOR NUESTRO:
PUFF, CLAQUE Y COMP.^ª

Reorganizada la sociedad PUFF, CLAQUE Y COMPAÑIA, que con tanto éxito viene funcionando hace años en esta corte, y ampliada notablemente la esfera de los negocios á que venía dedicándose, tenemos el honor de ofrecer á usted de nuevo nuestros servicios, y de participarle algunas de las reformas que hemos hecho en las secciones

de esta Agencia; sin perjuicio de remitirle á la mayor brevedad el Catálogo general de clases y precios.

Se aproxima, mejor dicho, ha llegado ya el momento en que los representantes de la nación visitan sus distritos, los del poder recorren las provincias, y los del arte taurómico van de pueblo en pueblo cosechando laureles y dinero, y no debemos demorar la publicación de la presente circular, cuyo objeto se reduce á enumerar las reformas siguientes:

SECCIÓN A.—En vista de ciertos contratiempos ocurridos recientemente á la casa HIJOS DE BOMBO Y PLATILLOS, que pretende rivalizar con la nuestra, hemos apartado completamente el personal de *Recibimientos entusiastas* del de *Ovaciones taurinas*, á fin de evitar que se repita lo ocurrido á aquella Agencia, que teniendo que servir en un mismo día á una Princesa y

á un matador de toros, acudió el mismo personal á lallegada de aquélla y éste, y á la Princesa le dijeron: ¡Olé la gente que se arrima! y al matador: ¡Viva la flor de las madres!

SECCIÓN B. — Hemos suprimido como cosa anticuada y cursi, el servicio de personas que se dejaban atropellar por el coche de nuestro cliente, á fin de hacer patente la aglomeración de la muchedumbre, y de dar ocasión á aquél para ostentar sus sentimientos caritativos. En cambio, hemos establecido un servicio nuevo de subalternos, así en los *Recibimientos entusiastas* como en las *Ovaciones taurinas*, que silben ó denuesten en momentos determinados á nuestro cliente, á fin de provocar acto continuo nueva explosión de aplausos y vítores.

SECCIÓN C. — También hemos reformado el *Negociado de preparativos*, suprimiendo

en ciertos viajes las máquinas exploradoras con prospectos y programas, teniendo en cuenta el abuso que ha hecho de ellas el célebre Barnum y lo mal acogido que últimamente ha sido por el público el empleo de las mismas por la Agencia Hijos DE BOMBO Y PLATILLOS. En su lugar hemos inventado el uso de petardos previos (*brevetés*, s. g. d. g.) que despiertan en la opinión reacciones favorables á nuestro cliente. El ensayo de este invento que acabamos de hacer en una importante capital de provincia, ha dado resultados excelentes.

SECCIÓN D. — A costa de grandes sacrificios y sin exagerar por eso los precios de nuestra tarifa, hemos alquilado en muchas poblaciones personas de ideas diametralmente opuestas á las de nuestro cliente, con objeto de que, asistiendo al recibimiento ó tomando respetuosa parte en

la ovación preparada por esta Agencia, resulte más brillante el triunfo. Esta innovación constituye uno de los mejores éxitos de la casa PUFF, CLAQUE Y COMPAÑÍA.

SECCIÓN E.—Hemos introducido notables mejoras en el personal que, colocado oportunamente en calles y plazas, saluda el paso de nuestro cliente con frases halagüeñas y exclamaciones simpáticas; y hemos contratado asimismo inteligentísimos profesores de dialectos y lenguas regionales, que en un par de lecciones enseñarán al cliente de esta Agencia frases familiares en catalán, valenciano, eúskaro, bable, etcétera, con que responder oportunamente á las de nuestro personal.

SECCIÓN F.—También poseemos una magnífica colección de palomas amaestradas, que al recibir libertad en las ovaciones, se dirijan al palco, tribuna ó balcón en donde se

halle nuestro cliente. Tenemos también á disposición de la clientela taurina un gran surtido de cigarros de pura apariencia, petacas de guardarropía y joyas de similar, que arrojarán á la plaza nuestros representantes, con obligación de devolverlas por parte del cliente. Para los personajes políticos, y principalmente para los de augusta estirpe, tenemos á precios bajísimos multitud de regalos, chucherías, zapatillas bordadas y Virgenes de plata, en combinación con los establecimientos más acreditados en el arte del reclamo.

SECCIÓN G.—Finalmente, hacemos liquidación, á precios baratísimos, de los pendones y faroles que tantos servicios han prestado en muchos recibimientos y ovaciones á los Sres. Moret y Romero Robledo, consocios de esta casa, así como también de los fraques y chaquetas negras que han servido en las últi-

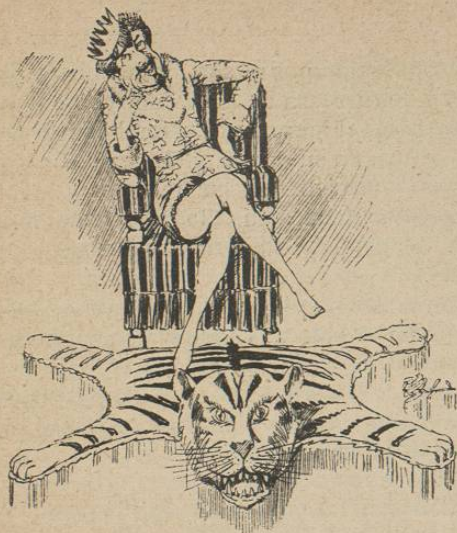
mas recepciones, cuya contrata nos ha valido tantos plácemes.

Esas son las principales mejoras y reformas de que nos apresuramos á dar cuenta á usted, esperando que siga honrándonos con su confianza, y ordenando cuanto guste á sus afectísimos seguros servidores

Q. B. S. M.,
PUFF, CLAQUE Y COMP.^a

Ese es el documento que ha llegado á mis manos, y cuya autenticidad podrían comprobar los curiosos, si no creyera yo que mi afirmación lisa y llana debe bastar á los más incrédulos.

Junio de 1888.



CARLOS I EL HECHIZADO

No es errata.

Se trata de un Carlos I el Hechizado que le ha salido al modesto y tranquilo reino de Wurtemberg, ni más ni menos que aquel otro que le salió *in illo tempore* á nuestro intranquilo é inmodesto reino de España.

Pero los tiempos no son los mismos, y aunque la naturaleza de los hombres no varía gran cosa, el monarca wurtembergués está á la altura de su época, y en vez de un fray Froilán Díaz, de la clase de embaucadores religiosos, tiene á su lado un mister Jackson, de la clase de embaucadores espiritistas.

Con la diferencia de que el frailuco español no ha pasado á la historia como modelo de buenos mozos, en tanto que el espiritista llegado de Nueva York á Wurtemberg se hará famoso en las crónicas alemanas por la arrogancia de su figura.

Estos reyes del Norte, que á la gente del Mediodía se nos aparecen algo así como los Sigmundos, Sigfridos y Sigurdos de las leyendas y baladas, tienen muy poco de la virilidad clásica de los antiguos héroes germanos, y dan quince y falta en sus costumbres á ciertos personajes del *Satiricón* de Petronio y el *Asno de Oro* de Apuleyo.

¡Cómo está la sociedad!

Es decir, la sociedad de las testas coronadas; porque la otra, la de las testas sin coronar, está mucho mejor, á Dios gracias.

Después de aquel pobre Luis de Baviera, cuya fantástica existencia y trágica muerte parecían invención de un novelista calenturiento á lo Fernández y González, ha sa-

lido al redondel el rey Carlos de Wurtemberg, de quienes dicen cosas que dejan atrás las mil y una que se atribuyeron á aquel desgraciado orate.

Eso del redondel no es frase tan irrespetuosa como parece; porque la prensa alemana en general, y la berlinesa en particular, está toreando con tal ahinco y encono al rey Carlos, picándole, banderilleándole y preparándose á estoquearle, que el infeliz, huido y acobardado, ha concluido por tomar el olivo...

De Stuttgart se ha ido á Niza, y allí se está, en compañía de sus amigos particulares, aguardando á ver en qué pára la campaña emprendida contra él por la prensa bismarckiana.

Los diarios parisienses, arrimando el ascua á su sardina, pretenden que todo ello obedece á las intrigas del Canciller, interesado en ir desacreditando á los reyes feudatarios del de Prusia ante sus respectivos pueblos, y hacer perder de este modo á esos monarquillas de tres al cuarto—como diría el general de *La Gran Duquesa*—la insignificante sombra de autoridad que les queda todavía.

Serán muy fundadas tales presunciones, y responden de todo en todo á los antecedentes archiconocidos del político implaca-

ble, de quien se puede decir, parodiando á Quevedo,

que se rasca de Príncipes y Reyes
como de pulgas los demás humanos;



para contemplarse en todo género de posturas, y cuando salía á pasear por sus jardi-

pero es lo cierto que Carlos I de Wurtemberg hace todo lo posible para que los periódicos y el vulgo lo pongan cual digan dueñas.

Nació en 1823 y empezó á reinar en 1854, sucediendo á su padre.

De joven le dió la manía por odiar á las mujeres y por adorarse á sí mismo, viniendo á ser, por razón de su nombre y de su manera de vivir, una especie de protagonista del célebre libraco francés *Charlot s'amuse*.

Habitaba en grandes salones adornados de espejos y más espejos,

nes, hacía colocar por donde quiera espejos y alfombras.

En España tenemos un torero—á falta de un Monarca tan talludito como el wurtembergués—á quien los envidiosos atribuyen una manía semejante.

Se detiene á cada momento delante de los grandes espejos que hay en sus habitaciones, y contemplándose con deleite, habla así á su propia imagen:

—¿Eres tú Fulano? Casi, casi lo dudo... La admiración no me permite creerlo... Pero sí; indudablemente eres Fulano. Ese que que está ahí, soy yo. ¡No me canso de asegurarme más y más!

Volvamos al rey.

Se casó, ó más bien lo casaron con la princesa Olga, hija del emperador Nicolás de Rusia, á la cual dió una vida de perros, como dice el vulgo, debiendo decir de reyes.

Murió la Reina sin sucesión, y S. M. ha continuado haciendo toda clase de extravagancias, hasta que han llegado las que en el actual momento histórico—ó, mejor dicho, histórico—están dando que hablar en las cortes septentrionales.

Hace unos años entró al servicio del rey el referido mister Jackson, que con la música por un lado, y con el espiritismo por otro, y con no sé cuántas habilidades más,

ha concluído por ser el amo, y no el servidor.
 Como el personaje de la comedia que ahora se hace en el teatro de Mario, el Monarca tomó esta muletilla:
 —¡Yo le pongo casa!



Y con efecto, el susodicho Jackson tiene á estas fechas todo un palacio, varias casas de recreo, trenes magníficos y una verdadera fortuna.

No contento con esto, ha querido hacer partícipes de sus bienandanzas —¡oh yankee generoso!— á dos compatriotas suyos, llamados Carlos Woodcock y Donald Hendry.



jóvenes fornidos, morenos, muy
 fuertes... y muy feos.

Muy feos, sí, señor; y en Wurtemberg, como en España, debe de opinarse que el hombre y el oso, cuanto más feos son más hermosos, porque Carlos I ha perdido el

poco seso que le quedaba, y su intimidad con los referidos donceles ha llegado á tal punto, que siempre hay uno de ellos de servicio en la cámara del Rey, con él viajan, y habitan en un palacio que el Monarca les haregalado y que tiene comunicación secreta con el alcázar regio.

¿En qué pararán estas misas?

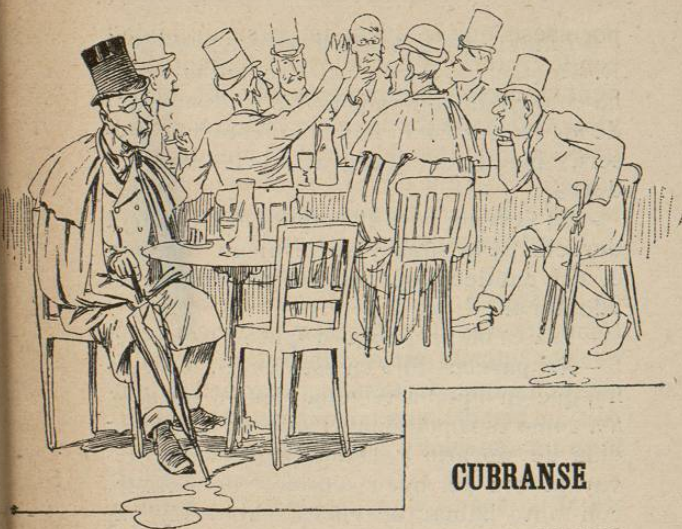
Aquí pararían en que iríamos á la cárcel media docena de periodistas; pero Wurtemberg está lejos, y bien podemos recoger sin cuidado estos edificantísimos datos que con tanta elocuencia pregonan la bondad del principio monárquico, la eficacia de la gracia de Dios y las ventajas de la soberanía hereditaria.

Por lo demás, ó *pó lo emáz*,—como dice Cánovas—tienen tanta sal y pimienta las nuevas tendencias de los reyes del Norte, que bien merecen, para terminar, los honores de la “forma poética.”



¡Ni los Césares romanos hacían más desatinos! Digo á usted que están divinos esos monarcas germanos «oficiando» de latinos.

Noviembre de 1888.



CUBRANSE

USI EDES

DESDE el momento—dijo D. Onofre en la tertulia prehistóricamente literaria del café Suizo—desde el momento en que el silbato se ha convertido en instrumento político con un repertorio exclusivo de sonatas anticonservadoras, ¿cómo demostrará el público su disgusto en los teatros?

—¡Pateando! respondió el conocido crítico Pateta.

—Pateta, no sea usted atroz, prosiguió D. Onofre; recuerde usted cuántas veces ha condenado aquí mismo las "pateaduras," de los teatros como una manifestación grosera é inculpa del desagrado de los espectadores.

—Es verdad; pero si se quita al público el derecho de la silba y se le niega también el del pataleo, ¿qué nuevo procedimiento adoptará?

—Esa es mi pregunta—repuso D. Onofre.

—No parece—dijo en esto un D. Laureano, que en aquella tertulia viene á ser algo así como esos personajes que en las comedias de Moratín y Dumas hijo suelen llevar la voz del buen sentido;—no parece, con tanto hablar de voces, silbidos y pateos, sino que los teatros son plazas de toros.

—A veces son algo peor.

—No negaré á usted, amigo Pateta, que entre un volapié de *Guerrita* y uno de esos esperpentos que ahora privan en ciertos teatrillos, la Estética se halla de parte del primero; pero por eso mismo hay que aplicar á los que así envilecen el arte escénico, penas distintas de las que sufre un banderillero torpe ó un matador miedoso.

—Aún pedirá usted contra ellos la pena de muerte.

—No; bastaba con que se los llevara usted, Pateta.

—A pesar del dicho vulgar, me guardaré bien de aceptar semejante carga. Con que, á falta de esta solución, venga otra, D. Laureano.

—Lo que yo propondría al público es muy sencillo, muy cómodo y moderno.

—Venga de ahí.

—Dejemos el silbato á los enemigos de Cánovas, y el vocerío y el pataleo á sus amigos. Variemos la moda, que en la variación está el gusto. Vamos á ver: ¿por qué estamos descubiertos en el teatro?

—Por cortesía mutua. El teatro es un salón. Hay señoras...

—Pero, D. Onofre, ¿deja el teatro de ser salón en los entreactos?

—Puede ser que influya también en la costumbre de descubrirse el deseo de no ocultar á los demás la vista del escenario.

—Y el que está en el fondo de un palco ó en la grada más alta del paraíso, ¿á quién molesta? El acto de permanecer descubierta durante la representación es un tributo de respeto que se rinde al Arte, que habla en aquellos momentos á nuestro corazón, á nuestra inteligencia, ó simplemente á los más nobles de nuestros sentidos, cua-

les son el oído y la vista. Los espectadores del circo no obtienen tal honor, y el público masculino permanece cubierto, como en los toros y en los cafés cantantes. Y, sin embargo, el esfuerzo muscular de un gimnasta y la destreza ecuestre de una amazona son mucho más dignos de estima, y á veces más artísticos, y desde luego más decentes, que las cosas que han dado en decir algunos autores y las que han dado en hacer muchos cómicos... Cuando unos y otros se ponen al nivel del clown, ¿por qué guardarles consideraciones que no se dispensan á Tony Grice y Billy-Hayden?

—En los teatros de China y el Japón los espectadores manifiestan su desagrado volviendo la espalda al escenario.

—Esa costumbre, amigo Pateta, me parece de mal gusto, y sospecho que los actores chinos y japoneses se vengarán á su vez con tal cual gesto acomodado á la actitud de los espectadores... Es mucho más culto mi sistema. Con cubrirse, basta.

—¿Como los presidentes del Parlamento?

—Justamente. Por eso he dicho que mi solución es muy moderna, muy sencilla y muy cómoda.

—¡Sobre todo muy cómoda! A fe de Pate-

ta, que he de ponerla en práctica en cuanto se presente ocasión propicia. Con esto de la supresión del gas están bastante mal de calefacción casi todos los teatros de Madrid... A veces se hiela uno, y cuando con la frialdad de la temperatura se junta la frialdad de la comedia... ¡ayúdeme usted á sentir... frío! Me cubriré, D. Laureano, me cubriré.

—Nada, nada; cúbranse ustedes, que si bien han pasado los tiempos en que la mosquetería arrojaba al escenario hortalizas podridas é inmundos proyectiles, y si bien las silbas y alborotos no se deben escuchar ya sino en la plaza pública ó en el circo taurino, tampoco es cosa de dejar impunes las mil y una atrocidades que ahora se llevan á los teatros. Escriba el autor cuanto se le antoje, y haga el comediante cuanto le dé la gana. De nada nos escandalizaremos ni nos espantaremos, porque ya estamos todos curados de espanto... Pero ¡que se nos obligue á dar muestras de respeto ante lo que no tiene nada de respectable!

—Bien dicho. Cuando se nos disguste ó se nos ofenda en el teatro, cubrámonos, aunque algún poeta chirle nos compare con el valentón de Cervantes que se caló el chapeo.

—Y aunque algún cómico malo nos amenaza, diciéndonos con el Segismundo de Calderón:

¡No he dejaros cabeza
en que se os tenga el sombrero!

Diciembre de 1888.



¡AQUELLOS TIEMPOS!

Permítame Morayta que le usurpe el título de un popular libro suyo.

“Aquellos tiempos,” de que me acuerdo yo ahora, no son los que él criticó con tan cáustica intención, siguien-

